

Los grupos étnicos y sus fronteras

Introducción

Frederik Barth*

Este conjunto de ensayos se ocupa de los problemas de los grupos étnicos y su persistencia. Aunque poco estudiado, es éste un tema de gran importancia para la antropología social. Prácticamente, todo el razonamiento antropológico se funda en la premisa de que la variación cultural es discontinua: existen agregados de individuos, por un lado, que comparten esencialmente una cultura común y, por otro, diferencias conectadas entre sí que distinguen a esta cultura discreta de todas las demás. Puesto que la cultura no es sino una forma de describir la conducta humana, se podría concluir que existen grupos discretos de individuos, es decir, unidades étnicas correspondientes a cada cultura: Tanto las diferencias entre las culturas como sus límites y conexiones históricos han recibido atención suficiente; por el contrario, la constitución de los grupos étnicos y la naturaleza de los límites entre éstos no han sido investigados en la forma correspondiente. Hasta ahora, los antropólogos sociales han evitado estos problemas al utilizar un concepto demasiado abstracto de "sociedad" para representar aquel sistema social dentro del cual deben ser analizados unidades y grupos concretos más pequeños. Por tal motivo, quedan sin examinar las características y los límites empíricos de los grupos étnicos, así como los importantes problemas teóricos que suscita una investigación semejante.

Aunque ya nadie sostiene la hipótesis ingenua según la cual cada tribu y cada pueblo ha logrado conservar su cultura mediante un belicoso desdén de sus vecinos, subsiste todavía la opinión simplista que considera al aislamiento geográfico y al aislamiento social como los factores críticos en la conservación de la diversidad cultural. Una investigación empírica del carácter de los límites étnicos, como la que se encuentra documentada en los siguientes ensayos, produce dos descubrimientos que, aun cuando no del todo inesperados, demuestran lo deficiente de tal opinión. Primero, es evidente que los límites persisten a pesar del tránsito de personal a través de ellos. En otras palabras, las distinciones étnicas categoriales no dependen de una ausencia de movilidad, contacto o

* En: Barth, Frederik (comp.) *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. Introducción. FEC, México D.F., 1976. . pp. 9-49.

información; antes bien, implican procesos sociales de exclusión e incorporación por los cuales son conservadas categorías discretas a pesar de los cambios de participación y afiliación en el curso de las historias individuales. En segundo lugar, queda demostrado que ciertas relaciones sociales estables, persistentes, y a menudo importantes, se mantienen por encima de los límites y, con frecuencia, están basadas precisamente en los *status étnicos* en dicotomía. En otras palabras, las distinciones étnicas no dependen de una ausencia de interacción y aceptación sociales; por el contrario, generalmente son el fundamento mismo sobre el cual están contruidos los sistemas sociales que las contienen. En un sistema social semejante, la interacción no conduce a su liquidación como consecuencia del cambio y la aculturación; las diferencias culturales pueden persistir a pesar del contacto interétnico y de la interdependencia.

Planteamiento general

Evidentemente, estamos frente a un campo importante que necesita ser nuevamente examinado. Lo que se requiere es un método que combine lo teórico y lo empírico: necesitamos investigar detenidamente los hechos empíricos de una variedad de casos y adaptar nuestros conceptos a estos datos empíricos con el objeto de aclararnos del modo más sencillo y adecuado posible que nos permita, al mismo tiempo, explorar sus implicaciones. En los ensayos siguientes, cada autor ha escogido un caso con el cual está, íntimamente familiarizado en su propia investigación de campo y al que trata de aplicar un conjunto común de conceptos para su análisis. La principal divergencia teórica, consta de varias partes relacionadas entre sí. En primer lugar, hacemos particular hincapié en el hecho de que los grupos étnicos son categorías de adscripción e identificación que son utilizadas por los actores mismos y tienen, por tanto, la característica de organizar interacción entre los individuos. Intentamos relacionar otras características de los grupos étnicos a este aspecto fundamental. En segundo término, todos los ensayos aplican un punto de vista generativo al análisis; en lugar de trabajar por medio de una tipología de las formas de los grupos étnicos y sus relaciones, nos proponemos explorar los diferentes procesos que al parecer participan en la generación y conservación de los grupos étnicos. En tercer y último lugar, para observar estos procesos, desviamos el foco de la investigación de la constitución interna y de la historia de los grupos étnicos para centrarlo en los límites étnicos y su persistencia. Cada uno de estos puntos requiere de cierta elaboración.

Definición del grupo étnico

El término grupo étnico es utilizado generalmente en la literatura antropológica (cf.,

por ej., Narroll, 1964) para designar una comunidad que:

- 1) en gran medida se autoperpetúa biológicamente
- 2) comparte valores culturales fundamentales realizados con unidad manifiesta en formas culturales
- 3) integra un campo de comunicación e interacción
- 4) cuenta con unos miembros que se identifican a sí mismos y son identificados por otros y que constituyen una categoría distinguible de otras categorías del mismo orden.

Esta definición de tipo ideal no está muy alejada en contenido de la proposición tradicional que afirma que una raza = una cultura = un lenguaje, y que una sociedad = una unidad que rechaza o discrimina a otras. No obstante, en forma modificada resulta suficientemente adecuada a muchas situaciones empíricas etnográficas, por lo que su significado continúa siendo útil a los propósitos de muchos antropólogos. Mi objeción no está dirigida fundamentalmente a la sustancia de estas características, aunque, como habré de demostrar, mucho ganaríamos con cierto cambio de énfasis; mi principal objeción es que tal formulación nos impide comprender el fenómeno de los grupos étnicos y su lugar en las sociedades y culturas humanas. Y esto se debe a que incurre en una petición de todos los principios, pues cuando se propone aportar un modelo típico ideal de una forma empírica recurrente, ya está presuponiendo una opinión preconcebida de cuáles son los factores significativos en la génesis, estructura y función de estos grupos.

A un nivel más crítico, nos permite suponer que la persistencia de límites no es problemática y que está originada en el aislamiento que implican las características antes enumeradas: diferencia racial, diferencia cultural, separatismo social, barreras de lenguaje, enemistad organizada o espontánea. De igual modo se reduce el número de factores que utilizamos para explicar la diversidad cultural: se nos induce a imaginar a cada grupo desarrollando su forma social y cultural en relativo aislamiento y respondiendo, principalmente, a factores ecológicos locales, inserto en el curso de una historia de adaptación fundada en la invención y la adopción selectiva. Según ello, esta historia ha producido un mundo de pueblos separados con sus respectivas culturas y organizados en una sociedad que, legítimamente, puede ser aislada para su descripción como si fuese una isla.

Los grupos étnicos como portadores de cultura

En lugar de discutir lo apropiado de esta versión de la historia, adecuada quizá sólo para las islas pelágicas, examinaremos algunas de las fallas de lógica de este punto de vista. De las características enumeradas antes, al hecho de compartir una cultura común le es atribuida generalmente una importancia central. En mi opinión, mucho se ganaría si se considerase este rasgo tan importante más bien como una implicación o un resultado que como una característica primaria y definitiva de la organización del grupo étnico. Si se insiste en considerar al aspecto de portadores de cultura de los grupos étnicos como característica primaria, nos tendremos que enfrentar a consecuencias de muy amplio alcance. Se propendería a identificar y distinguir a los grupos étnicos por las características morfológicas de las culturas de que son portadores. Esto implica un punto de vista prejuiciado de 1) la naturaleza de la continuidad en el tiempo de estas unidades; y 2) del "locus" de los factores que determinan la forma de las unidades.

1) Hecho el hincapié en el aspecto de portadores de cultura, la clasificación de los individuos y los grupos locales como miembros de un grupo étnico dependen, del grado en que muestren rasgos particulares de esa cultura. Esto puede juzgarse objetivamente en la actitud del investigador etnográfico que, siguiendo la tradición que vincula región con cultura, no toma en consideración las categorías y los prejuicios de los actores. Las diferencias entre los grupos se convierten en simples diferencias en el inventario de rasgos; la atención se concentra en el análisis de las culturas y no en la organización étnica. Posteriormente, la relación dinámica entre los grupos será descrita en estudios de aculturación de la clase, que cada día despierta menos interés en la antropología, aunque sus deficiencias teóricas jamás hayan sido discutidas seriamente. Puesto que la procedencia de cada ensamble de rasgos culturales es diferente, este punto de vista da lugar a una "etnohistoria" que hace la crónica del acrecentamiento y del cambio culturales e intenta explicar la adopción de ciertos aspectos. No obstante, ¿cual es la unidad cuya continuidad es descrita en estos estudios? Paradójicamente, deberá incluir culturas del pasado que, obviamente, deberían estar excluidas en el presente debido a sus diferencias de forma, diferencias, principalmente, que son diagnósticas para la diferenciación sincrónica de las unidades étnicas. Ciertamente, la interconexión entre "grupo étnico" y "cultura" no se aclara en modo alguno mediante esta confusión.

2) Las formas culturales manifiestas que pueden ser clasificadas como rasgos culturales exhiben los efectos de la ecología. Con esto no me, refiero al hecho de que

reflejan una historia de adaptación al medio; de modo más inmediato, reflejan también las circunstancias externas a las cuales se debieron adaptar los actores mismos. Con toda seguridad, un mismo grupo de individuos, con sus mismas ideas y valores, puestos frente a las diferentes oportunidades ofrecidas por un diferente medio, se verían obligados a adoptar diferentes patrones de existencia y a institucionalizar diferentes formas de conducta. Por lo mismo, no nos deba sorprender que un grupo étnico, diseminado en un territorio con circunstancias ecológicas variables, muestre variantes regionales de una conducta manifiesta institucionalizada, que no reflejan, sin embargo, diferencias en su orientación cultural. Entonces, ¿cómo podría ser clasificado si estas manifiestas formas institucionalizadas son diagnósticas? Un caso pertinente es la distribución y diversidad de los sistemas sociales locales que los pathanes, discutidos más adelante (pp. 152 ss.). Según los valores básicos de los pathanes, para los pathanes del sur, que habitan las zonas montañosas y están organizados homogéneamente según patrones de linaje, la conducta de los pathanes de Swat es tan diferente y reprochable según sus propios valores, que terminan por considerar a sus hermanos del norte como "ya no pathanes". En efecto, según criterios "objetivos", su patrón manifiesto de organización está más cercano al de los punjabs. Pero a mi me fue posible, una vez que hube explicado las circunstancias del norte, lograr que los pathanes del sur aceptaran que también aquellos eran pathanes y admitieran, aunque a regañadientes, que en tales circunstancias ellos mismos actuarían de la misma manera. Por tanto, es un error considerar las formas institucionales manifiestas como constitutivas de los rasgos culturales que en un momento dado distinguen a un grupo étnico: estas formas manifiestas están determinadas tanto por la ecología como por la cultura transmitida. Tampoco se puede alegar que cada una de estas diversificaciones en el interior de un grupo representa un primer paso en dirección de una subdivisión y una multiplicación de las unidades. Contamos con casos documentados, demasiado conocidos, de grupos étnicos que, aun cuando también se encuentran a un nivel relativamente simple de organización económica y ocupan varios y diferentes nichos ecológicos, han podido conservar, no obstante, una unidad física étnica y cultural, durante largos periodos (*cf.*, por ej., los chuckchee del interior y de la costa (Bogoras, 1904-9); los lapones, tanto los pastores de renos como los que habitan los ríos y la costa (Gjessing, 1954).

En uno de los siguientes ensayos (pp. 96 ss.), Blom discute convincentemente este punto con referencia a los granjeros que habitan las montañas de la Noruega central. Allí demuestra cómo su participación y autoevaluación según los valores generales noruegos les asegura continua pertenencia al grupo étnico mayoritario, a pesar de los patrones de actividad tan característicos y peculiares que les impone la ecología local. Para analizar tales casos necesitamos adoptar un punto de vista que no confunda los efectos de las

circunstancias ecológicas sobre la conducta con los de la tradición cultural, y asimismo, investigar los componentes sociales y culturales no ecológicos creadores de diversidad.

Los grupos étnicos como tipo de organización

Si nos concretamos a lo que es, *socialmente* efectivo, los grupos étnicos son considerados como una forma de organización social. De acuerdo con esto, el rasgo crítico es el punto 4) de la lista de la p. 11, es decir, la característica de autoadcripción y adscripción por otros. Una adscripción categorial es una adscripción étnica cuando clasifica a una persona de acuerdo con su identidad básica y más general, supuestamente determinada por su origen y su formación. En la medida en que los actores utilizan las identidades étnicas para categorizarse a sí mismos y a los otros, con fines de interacción, forman grupos étnicos en este sentido de organización.

Aunque las categorías étnicas presuponen diferencias culturales, es preciso reconocer que no podemos suponer una simple relación de paridad entre las unidades étnicas y las similitudes y diferencias culturales. Los rasgos que son tomados en cuenta no son la suma de diferencias "objetivas", sino solamente aquellas que los actores mismos consideran significativas.

Las variaciones ecológicas no sólo señalan y exageran las diferencias; algunos rasgos culturales son utilizados por los actores como señales y emblemas de diferencia otros son pasados por alto, y en algunas relaciones, diferencias raciales son desdeñadas y negadas. Analíticamente, los contenidos culturales de las dicotomías étnicas parecen ser de dos órdenes: 1) señales o signos manifiestos: los rasgos diacríticos que los individuos esperan descubrir y exhiben para indicar identidad y que son, por lo general, el vestido, el lenguaje, la forma de vivienda o un general modo de vida, y 2) las orientaciones de valores básicos: las normas de moralidad y excelencia por las que se juzga la actuación. Como pertenecer a una categoría étnica implica ser cierta clase de persona, con determinada identidad básica, esto también implica el derecho de juzgar y ser juzgado de acuerdo con normas pertinentes para tal identidad. Pero ninguna de estas clases de "contenidos culturales" se infiere de una lista descriptiva de los rasgos o diferencias culturales; ni a partir de principios básicos se puede predecir cuáles rasgos serán subrayados y considerados importantes para la organización. En otras palabras, las categorías étnicas ofrecen un recipiente organizacional capaz de recibir diversas proporciones y formas de contenido en los diferentes sistemas socioculturales. Pero aunque pueden resultar de gran importancia para la conducta, no es necesario que así sea; pueden penetrar toda la vida social o pueden

ser pertinentes sólo en ciertos sectores limitados de la actividad. Evidentemente, existe un terreno propicio para descripciones etnográficas y comparativas de las diferentes formas de organización étnica.

El hincapié en la adscripción como el aspecto crítico de los grupos étnicos también resuelve las dos dificultades conceptuales que antes discutimos.

1) Cuando se les define como grupos adscriptivos y exclusivos, la naturaleza de la continuidad de las unidades étnicas es evidente: depende de la conservación de un límite. Los aspectos culturales que señalan este límite pueden cambiar, del mismo modo que se pueden transformar las características culturales de los miembros; más aún, la misma forma de organización del grupo puede cambiar; no obstante, el hecho de que subsista la dicotomía entre miembros y extraños nos permite investigar también la forma y el contenido culturales que se modifican.

2) Solamente los factores socialmente importantes pueden ser considerados diagnósticos para los miembros, no así las diferencias "objetivas" y manifiestas generadas por otros factores. Por distintos que puedan parecer tales miembros en su conducta manifiesta, si afirman que son A, en contraste con otra categoría análoga B, esperan ser tratados como tales, y que su propia conducta sea interpretada y juzgada como A's y no como B's; en otras palabras, están confirmando su adhesión a la cultura común de los A. Luego, los efectos de esto, comparados con otros factores que incluyen en la conducta, pueden ser objeto de investigación.

Los límites de los grupos étnicos

Desde este punto de vista, el foco, de la investigación es el *límite* étnico que define al grupo y no el contenido cultural que encierra. Por supuesto, los límites a los cuales debemos dedicar nuestra atención son límites sociales, aunque bien puedan contar con su concomitante territorial. El hecho de que un grupo conserve su identidad, aunque sus miembros interactúen con otros, nos ofrece normas para determinar la pertenencia al grupo y los medios empleados para indicar afiliación o exclusión. Los grupos étnicos no están basados simple o necesariamente en la ocupación de territorios exclusivos; necesitamos analizar los diferentes medios por los cuales logran conservarse, pues, no es sólo mediante un reclutamiento definitivo, sino en virtud de una expresión y una ratificación continuas.

Más aún, los límites étnicos canalizan la vida social y esto ocasiona una organización a menudo muy compleja de relaciones sociales y de conducta. La identificación de otra persona como miembro del mismo grupo étnico entraña una coparticipación de criterios de valoración y de juicio. Por lo mismo, se parte del supuesto de que ambos están fundamentalmente "jugando al mismo juego"; esto significa que existe entre ellos una posibilidad de diversificación y expansión de su relación social capaz de cubrir, en caso dado, todos los sectores y dominios de su actividad. Por otro lado, la dicotomía que convierte a los otros en extraños y en miembros de otro grupo étnico, supone un reconocimiento de las limitaciones para llegar a un entendimiento recíproco, diferencias de criterio para emitir juicios de valor y de conducta y una restricción de la interacción posible a sectores que presuponen común acuerdo e interés.

Lo anterior nos permite comprender una forma final del mantenimiento de límites por medio de la cual persisten las unidades culturales y sus límites. Implícitas también en la conservación de los límites étnicos se encuentran situaciones de contacto social entre individuos de diferentes culturas: los grupos étnicos persisten como unidades significativas sólo si van acompañados de notorias diferencias en la conducta, es decir, de diferencias culturales persistentes. No obstante, cuando interactúan personas pertenecientes a culturas diferentes, es de esperar que sus diferencias se reduzcan, ya que la interacción requiere y genera una congruencia de códigos y valores; en otras palabras, una similitud o comunidad de cultura (*cf*, Barth, 1956, para mi discusión de este punto). Por tal motivo, la persistencia de los grupos étnicos en contacto implica no sólo criterios y señales de identificación, sino también estructura de interacción que permita la persistencia de las diferencias culturales. El aspecto organizacional que yo sostendré, debe ser general para todas las relaciones interétnicas, es un conjunto sistemático de reglas que regula los encuentros sociales interétnicos. En toda vida social organizada, está prescrito aquello que puede ser pertinente para la interacción en cualquier situación social particular (Goffman, 1959). Si existe un acuerdo entre las personas respecto a estas prescripciones, el convenio respecto a códigos y valores no necesita extenderse más allá de lo que es aplicable a las situaciones sociales específicas en que se interactúa. Las relaciones interétnicas estables presuponen una estructura de interacción semejante: por un lado, existe un conjunto de preceptos que regulan las situaciones de contacto y que permiten una articulación en algunos dominios de la actividad y, por otro, un conjunto de sanciones que prohíben la interacción interétnica en otros sectores, aislando así ciertos segmentos de la cultura de posibles confrontaciones o modificaciones.

Sistemas sociales poliétnicos

Por supuesto, es esto lo que Furnivall (1944) describió tan claramente en su análisis de una sociedad plural: una sociedad poliétnica integrada en la plaza del mercado, bajo el control de un sistema estatal dominado por uno de los grupos, pero con amplias zonas de diversidad cultural en los sectores domésticos y religiosos de la actividad.

Lo que no ha sido debidamente apreciado por los antropólogos posteriores es la posible variedad de sectores de articulación y separación y la variedad de los sistemas poliétnicos que esto implica. Sabemos de algunos de los sistemas melanesios de canje de objetos insertos en la esfera privilegiada de la economía, y sabemos algo también de la etiqueta y los preceptos que rigen esta situación de intercambio y que la aíslan de las otras actividades. Tenemos información de varios sistemas policéntricos tradicionales del sureste de Asia (discutidos más adelante, Izikowitz (pp. 177 ss.) y que están integrados alrededor de la esfera privilegiada del comercio y de estructuras políticas semif feudales. Algunas regiones del sudoeste de Asia muestran formas fundadas en una economía de mercado más monetizada, aun cuando su integración política siga siendo de carácter policéntrico. Merecen también consideración tanto el cooperativismo ritual y productivo como la integración política de los sistemas de casta de la India, donde quizás solamente la vida doméstica y los vínculos de parentesco aún constituyen sectores vedados y origen de diversidad cultural. Nada se gana con agrupar estos variados sistemas con el marbete cada vez más vago de sociedad "plural", cuando una investigación de estas variedades de estructura puede aclarar suficientemente las formas sociales y culturales.

A lo que podemos referimos como articulación y separación en un macronivel, corresponde un grupo sistemático de restricciones de función en un micronivel. Es común a todos estos sistemas el principio de que la identidad étnica implica una serie de restricciones respecto a los tipos de función que a un individuo le es permitido desempeñar, así como a los socios que puede escoger para realizar diferentes tipos de transacciones.¹ En otras palabras, considerada como *status*, la identidad étnica está sobrepuesta a la mayoría de los demás *status* y define las constelaciones permisibles de *status*, es decir, de personalidades sociales que puede asumir un individuo con tal identidad. En este respecto, la identidad étnica es similar al sexo y al rango, en cuanto constriñe al sujeto en todas sus actividades y

¹ La categórica negación ideológica de la preeminencia de la identidad étnica (y del rango) que caracteriza a las religiones universales que han surgido en el Medio Oriente es comprensible desde esta perspectiva, ya que, prácticamente, todo movimiento de reforma ética o social de las sociedades poliétnicas en esa región chocaría necesariamente con normas y convenciones de carácter étnico.

no sólo en algunas situaciones sociales definidas.² Se puede decir también que es *imperativa*, en cuanto no puede ser pasada por alto o temporalmente suprimida por otras definiciones de la situación. Las imposiciones en la conducta de una persona originadas en esta identidad étnica tienden a ser absolutas, y en las sociedades poliétnicas complejas, totalmente exhaustivas; tanto los componentes morales como las convenciones sociales se vuelven todavía más persistentes al cambio al agrupárseles en grupos estereotipados como características de una identidad específica.

Las asociaciones de identidades y las normas de valor

El análisis de las características de la interacción y la organización de las relaciones interétnicas no ha prestado la debida atención a los problemas de la conservación de límites. Posiblemente esto se debe a que los antropólogos han razonado a partir de la idea engañosa de un prototipo de situación interétnica. Se han acostumbrado a pensar en pueblos diferentes, con diferentes historias y culturas, asociándose y adaptándose los unos a los otros, por lo general en un medio colonial. Para visualizar los requisitos básicos para la coexistencia de una diversidad étnica, yo sugeriré que primero nos preguntemos qué se requiere para que *surjan* distinciones étnicas en una zona dada. Obviamente, los requisitos organizacionales son, primero, una categorización de los sectores de la población en categorías de *status* exclusivas e imperativas y, segundo, una aceptación del principio de que las normas aplicadas a una categoría pueden ser diferentes de las aplicadas a otra. Aunque esto por sí sólo no explica la aparición de las diferencias culturales, sí nos permite observar cómo persisten. Por tanto, cada categoría puede asociarse con un conjunto separado de normas de valor. Cuanto mayores sean las diferencias entre estas orientaciones de valor, mayores serán las restricciones en la interacción interétnica: deben evitarse los *status* y las situaciones en el sistema social total que envuelven conductas discrepantes con las orientaciones de valor de una persona, ya que tal conducta será negativamente sancionada por su parte. Más aún, como las identidades son impuestas a la vez que aceptadas, las nuevas formas de conducta tenderán a la dicotomía: sería de esperarse que las restricciones sobre la conducta operaran de tal suerte que las personas se mostraran renuentes a actuar en formas nuevas por temor a que tal conducta resultase inapropiada para una persona de su identidad y que al punto clasificaran estas nuevas formas de actividad como asociadas con uno u otro grupo de características étnicas. Así como las dicotomías de trabajo masculino *versus* trabajo femenino proliferan en algunas

² La diferencia entre grupos étnicos y estratos sociales, que puede parecer problemática en esta fase de la discusión, será tratada más adelante.

sociedades, del mismo modo la existencia de categorías étnicas básicas podría ser un factor que fomentara la proliferación de diferencias culturales.

En tales sistemas, las sanciones que producen adhesión a valores específicos de grupo son ejercidas no sólo por aquellos que comparten esa identidad. Otros *status* imperativos nos permiten trazar un paralelo: así como ambos sexos ridiculizan al varón que actúa con femineidad, y como todas las clases censuran al proletario que se da aires de grandeza, del mismo modo pueden actuar los miembros de cualquier grupo étnico en una sociedad poliétnica para mantener las dicotomías y las diferencias. Dondequiera que las identidades sociales estén organizadas y reguladas por tales principios, existirá la tendencia a una canalización y estandarización de la interacción y a la aparición de aquellos límites que mantienen y generan la diversidad étnica dentro de los sistemas sociales circundantes más amplios.

La interdependencia de los grupos étnicos

El vínculo positivo que conecta varios grupos étnicos en el sello del sistema social circundante depende de la complementariedad de los grupos respecto a algunos de sus rasgos culturales característicos. Esta complementariedad puede originar una independencia o una simbiosis, y constituir los campos de articulación a que nos referimos antes; por lo contrario, en aquellos sectores donde no existe complementariedad, no puede existir base alguna para una organización de los aspectos étnicos: no existe interacción, o existirá interacción sin referencia a la identidad étnica.

En gran parte, los sistemas sociales difieren en el grado en que la identidad étnica, como un *status* imperativo, restringe a la persona en la variedad de *status* y de funciones que puede asumir. Donde los valores distintivos relacionados con la identidad étnica son pertinentes sólo para ciertos tipos de actividad, la organización social basada en éstos estará limitada de modo similar. Por otro lado, los sistemas poliétnicos complejos implican evidentemente la existencia de diferencias de valor muy importantes, y de múltiples restricciones en las combinaciones de *status* y participación social. En estos sistemas, los mecanismos que mantienen los límites deben ser muy efectivos, por las razones siguientes: 1) la complejidad está basada en la existencia de diferencias culturales complementarias e importantes; 2) por lo general, estas diferencias deben estar estandarizadas dentro del grupo interétnico; es decir, el conjunto de *status*, o la persona social de cada miembro del grupo debe estar estereotipado en gran medida, de modo que la interacción interétnica pueda basarse en identidades étnicas. 3) Las características culturales de cada grupo étnico

deben ser estables, de modo que las diferencias complementarias en que se fundan los sistemas puedan persistir aun en caso de íntimo contacto interétnico. Donde se dan estas condiciones, los grupos étnicos pueden realizar adaptaciones estables y simbióticas entre ellos: los grupos étnicos en la región se convierten en parte del medio natural; los sectores de articulación suministran campos que pueden ser explotados, mientras que los otros sectores de actividad de los demás grupos son considerados inoperantes desde el punto de vista de los miembros de cualquiera de los grupos.

La perspectiva ecológica

En parte, tales interdependencias pueden ser analizadas desde la perspectiva de la ecología cultural, y los sectores de actividad donde se articulan otras comunidades con otras culturas pueden ser considerados como nichos a los cuales debe adaptarse el grupo. Esta interdependencia ecológica puede adoptar varias y diferentes formas en virtud de las cuales se puede construir una tipología elemental. Donde existen dos o más grupos étnicos en contacto, sus adaptaciones pueden adoptar las siguientes formas:

1) Pueden ocupar nichos claramente distintos en el medio natural y hallarse en una competencia mínima respecto a los recursos naturales. En este caso, su interdependencia será limitada aunque residan en la misma región, y la articulación tenderá a concentrarse principalmente en el comercio practicado, quizás, en un sector ceremonial y ritual.

2) Pueden monopolizar territorios separados, en cuyo caso se hallarán en franca competencia por los recursos y su articulación provocará pugnas políticas a lo largo de sus fronteras, y posiblemente también en otros sectores.

3) Pueden darse bienes y servicios de importancia los unos a los otros, esto es, ocuparán nichos recíprocos y, por tanto, diferentes, pero en íntima interdependencia. Si su articulación no es muy íntima en el sector político, se creará una situación simbiótica clásica, con una variedad de posibles campos de articulación. Si además compiten y se adaptan mediante una monopolización diferencial de los medios de producción, se podrá establecer una íntima articulación económica y política, con posibilidades abiertas para otras formas de interdependencia.

Estas alternativas se refieren a situaciones estables. Pero es muy común encontrar una cuarta forma principal: cuando dos o más grupos entremezclados compiten, al menos parcialmente, dentro de un mismo nicho. Es de esperar que con el tiempo un grupo

desplace al otro, o que se desarrolle una adaptación que origine una interdependencia y una complementariedad en aumento.

Indudablemente, si revisamos la literatura antropológica, a primera vista parecerían existir casos típicos para la mayoría de estas situaciones. Pero si examinamos cuidadosamente la mayoría de estos casos empíricos, nos encontraremos con situaciones bastante mezcladas, y sólo simplificaciones del todo burdas podrían reducirse a tipos simples. En otro lugar (Barth, 1964) he tratado de ilustrar lo anterior en relación a una región de Beluchistán, y confío en que sea universalmente válido que todo grupo étnico, en los diferentes límites de su distribución y en sus diferentes adaptaciones, muestra algunas de estas formas en sus relaciones con otros grupos.

La perspectiva demográfica

Estas variables, no obstante, sólo son una parte en la descripción de la adaptación de un grupo. Al exponer la estructura cualitativa (e idealmente cuantitativa) de los nichos ocupados por un grupo, no se pueden pasar por alto los problemas de número y equilibrio en su adaptación. Siempre que una comunidad dependa de la explotación de un nicho natural deberá existir también un límite máximo respecto a las cifras que puede alcanzar su población, cifras que deberán corresponder a la capacidad de ese nicho; toda adaptación estable presupone un control sobre la densidad de población. Si, por otro lado, dos poblaciones son ecológicamente interdependientes, como lo son dos grupos étnicos en una relación simbiótica, esto significa que cualquier variación en las dimensiones de una produciría efectos importantes en la otra. Por lo tanto, al analizar cualquier sistema poliétnico, sea cual fuere el periodo de tiempo que nos hayamos asignado, debemos estar capacitados para explicar los procesos mediante los cuales se equilibran las poblaciones de los grupos étnicos en interdependencia. Por tal motivo, los equilibrios demográficos implícitos son del todo complejos, ya que la adaptación de un grupo a un nicho en la naturaleza dependerá de su dimensión *absoluta*, mientras que la adaptación de un grupo a un nicho constituido por otro grupo étnico dependerá de su dimensión *relativa*.

Así pues, los problemas demográficos en un análisis de las relaciones interétnicas en una región se centran en las formas de reclutamiento del grupo étnico y en investigar cómo, en todo caso, sus cifras son sensibles a las presiones en los diferentes nichos que explota cada grupo. Los factores son sumamente críticos para la estabilidad de cualquier sistema poliétnico, y todo parecería indicar que cualquier cambio en su población resultaría destructivo. Esto no se infiere necesariamente, como está demostrado, por ejemplo, en el

ensayo de Siverts (pp. 131 ss.), pero en la mayoría de las situaciones, los sistemas poliétnicos que observamos entrañan procesos totalmente complejos de movimientos de población y adaptación. Es evidente que existe una serie de factores, aparte de la fertilidad y mortalidad humanas, que afectan el equilibrio de sus cifras de población. Desde la perspectiva de un territorio dado, existen los factores del desplazamiento de los individuos y del grupo: la emigración que alivia la presión, la inmigración, que mantiene en otros sitios a varios grupos corresidentes como puestos de avanzada de los mayores depósitos de población. La emigración y la conquista desempeñan un papel intermitente en la redistribución de, las poblaciones y en las transformaciones de sus relaciones. Pero el papel más interesante, y a menudo crítico, lo desempeña otro conjunto de procesos que provocan cambios en la identidad de los individuos y los grupos. Después de todo, el material humano organizado en determinado grupo étnico no es inmutable, y aunque los mecanismos sociales discutidos hasta ahora suelen mantener dicotomías y límites, no imponen una “estasis” al material humano que organizan; los límites pueden subsistir, a pesar de lo que podemos llamar, en sentido figurado, una “ósmosis” de personal a través de ellos.

Esta perspectiva conduce a una aclaración importante de las condiciones prevalecientes para sistemas poliétnicos complejos. Aunque la aparición y persistencia de tales sistemas parece depender de una estabilidad relativamente grande en los rasgos culturales asociados con los grupos étnicos -esto es, un alto grado de rigidez en las fronteras de la interacción-, esto no implica una rigidez similar en los patrones de reclutamiento o adscripción de los grupos étnicos; por lo contrario. Las interrelaciones étnicas observadas suponen con frecuencia una variedad de procesos que efectúan cambios en la identidad del grupo o del individuo y modifican los otros procesos demográficos que se presentan en la situación. Obviamente, los ejemplos de fronteras étnicas estables y persistentes que son atravesadas por un tránsito personal son mucho más comunes que lo que la literatura etnográfica nos llevaría a creer. En estos ensayos se dan ejemplos de los diferentes procesos de tal cruce de fronteras y se demuestra que las condiciones que los originan son varias. Podemos examinar brevemente algunas de ellas.

Los factores del cambio de identidad

Los Yao descritos por Kandre (1967b) son una de las muchas comunidades montañosas que viven en el margen meridional del territorio chino. Por razones de producción, los Yao están organizados en extensas familias alineadas en clanes y en aldeas. La jefatura familiar es muy notoria, aunque la comunidad y la región se encuentran, de modo autóctono, acéfalas y vinculadas en forma diversa a dominios políticos poliétnicos.

La identidad y las distinciones están expresadas en complejos ritos, que incluyen, destacadamente, el culto a los antepasados. Sin embargo, este grupo cuenta con la notable tasa de incorporación del 10 % de no Yao que en cada generación se convierten en Yao (Kandre, 1967 a: 594). El cambio de "pertenencia" se realiza individualmente, sobre todo en los niños, cuando se trata de la compra de una persona por un jefe familiar Yao, e implica la adopción del *status* de parentesco y una completa asimilación ritual. Ocasionalmente, el cambio de afiliación también ocurre en los adultos mediante un matrimonio matrilocal; los varones chinos son los partidos más indicados en tales arreglos.

Obviamente, las condiciones para esta forma de asimilación son de dos Índoles: primero, la presencia de mecanismos culturales que complementen la incorporación, incluyendo las ideas de veneración a los antepasados, la compensación mediante pago, etc.; y en segundo lugar, el incentivo de las ventajas evidentes para la familia asimilante y para su jefe. Estas ventajas están relacionadas con el papel que desempeñan las familias como unidades productivas y a las técnicas agrarias que requieren para su funcionamiento de una cantidad mínima óptima de 6-8 personas, así cómo al patrón de competencia intracomunitario existente entre los jefes familiares en los renglones de riqueza e influencia.

Los desplazamientos a través de las fronteras del norte y el sur de la región pathana (*cf.* pp. 160 ss.) ilustran otras formas y condiciones totalmente opuestas. Los pathanes del sur se convierten en baluches y no viceversa; esta transformación puede efectuarse en individuos, pero con mayor facilidad en familias completas y en grupos pequeños de familias; presupone una pérdida de posición en el rígido sistema segmentario, genealógico y territorial de los pathanes y una incorporación al sistema centralizado y jerárquico de los baluches mediante un contrato de clientela. La aceptación por parte del grupo adoptante está condicionada al oportunismo de los líderes políticos baluches. Por otro lado, los pathanes del norte, después de haber sufrido una pérdida análoga de posición en su sistema nativo, han podido establecerse, y con frecuencia, conquistar nuevos territorios en Kohistán. El resultado, con el tiempo, ha sido una reclasificación de estas comunidades inmigrantes en medio del cúmulo de tribus y grupos locales kohistanos.

Probablemente el caso más sorprendente sea el de Darfur, presentado por Haaland (pp. 75 ss.) y que nos describe el cambio de identidad de los miembros de los fur en el Sudán, que siendo agricultores de azada, se incorporan a los árabes pastores de ganado. Este proceso está condicionado a una circunstancia económica específica: la ausencia de oportunidades para la inversión de capital en la economía de las aldeas de los fur, en contraste con las posibilidades existentes entre los nómadas. La acumulación de capital, y

las oportunidades para su administración e incremento, aportan el incentivo para que las familias fur abandonen sus campos y poblados, se adapten al modo de vida de sus vecinos baggaras, y se afilien incidentalmente a alguna de las unidades políticas baggaras (dispersas, aunque centralizadas nominalmente) si el cambio ha sido satisfactorio económicamente.

Estos procesos, que provocan un tránsito de personal a través de las fronteras étnicas, afectarán necesariamente el equilibrio demográfico de los diferentes grupos étnicos. Hasta dónde contribuyen a la estabilidad de este equilibrio es un problema enteramente distinto. Para que así suceda, deberán ser sensibles a los cambios de presión de los nichos ecológicos en un patrón retroactivo. Regularmente, éste no parece ser el caso. La asimilación de los no Yao parece aumentar los índices de crecimiento de los Yao a expensas de otros grupos y puede ser considerada, aunque menor, un factor acelerante del proceso progresivo de sinización por medio del cual la diversidad étnica y cultural se ha venido reduciendo constantemente en extensas zonas. La tasa de asimilación de los pathanes por las tribus baluches es sensible indudablemente a las presiones de población en las zonas pathanes, pero simultáneamente produce un desequilibrio que obliga a las tribus baluches a desplazarse hacia el norte, no obstante las grandes presiones de población existentes en esas regiones. La asimilación por los kohistanos alivia las presiones de población en la zona pathana y mantiene, al mismo tiempo, una frontera geográficamente estable. El nomadismo de los fur reabastece la población de los baggaras, que en otros lugares tienden a volverse sedentarios. No obstante, la proporción *no* es correlativa a la presión en las tierras fur -puesto que el nomadismo está condicionado por la acumulación de capital-, con toda probabilidad sus índices disminuirán en tanto aumenten las presiones de población de los fur. El caso de los fur también demuestra la inestabilidad inherente a algunos de estos procesos y cómo ciertos cambios limitados pueden provocar resultados importantes: con la innovación agrícola de los huertos en los últimos diez años, se están creando nuevas: oportunidades de inversión que reducirán seguramente en gran medida el proceso de nomadización y tal vez, al menos por un tiempo, sean capaces de invertirlo.

Así pues, aunque los procesos que inducen al cambio de identidad son importantes para la comprensión de la mayoría de los casos de interdependencia étnica, no tienen que conducir por fuerza a una estabilidad de población. No obstante, en general puede afirmarse que siempre que las relaciones étnicas permanecen estables durante largos periodos y, en particular, cuando la interdependencia es íntima, con toda seguridad habremos de encontrar un relativo equilibrio demográfico. El análisis de los diferentes factores implícitos en este equilibrio es una parte importante del análisis de las interrelaciones étnicas de la región.

La persistencia de los límites culturales

En el anterior estudio de la conservación de los límites étnicos y del intercambio de personal, existe un problema muy importante que he dejado sin tratar. Hemos visto algunos ejemplos de cómo ciertos individuos y grupos pequeños, debido a circunstancias económicas y políticas específicas de situación anterior, una vez dentro del grupo asimilante, llegan a cambiar su localidad, su patrón de subsistencia, su forma y filiación políticas o su pertenencia a una familia. No obstante, esto no explica del todo por qué estos cambios conducen a cambios categoriales en la identidad étnica sin que tal intercambio de personal logre afectar los grupos étnicos en dicotomía (a excepción de sus cifras) . En el caso de adopción e incorporación de individuos a familias preestablecidas, en su mayoría inmaduros o, en todo caso, aislados, como sucede entre los Yao, esa total asimilación cultural es comprensible: en este caso, la persona llega a asimilarse a un patrón Yao de relaciones y aspiraciones. En los otros ejemplos, no queda del todo claro por qué se realiza este total cambio de identidad. No se puede alegar que se deriva de una regla universalmente imputable de integración cultural tal, que la práctica de la política de un grupo, o la adopción de su patrón de adaptación ecológica respecto a subsistencia y economía implicasen también la adopción de otras de sus formas o partes. En realidad, el caso de los pathanes (Ferdinand, 1967) contradice este argumento de modo directo, en cuanto los límites del grupo étnico pathán rebasan las unidades ecológicas y políticas. Utilizando la autoidentificación como factor crítico de la identidad étnica, sería perfectamente posible para un grupo pequeño de pathanes aceptar los compromisos políticos implícitos en su afiliación a una tribu baluche, o adoptar las prácticas agrícolas y domésticas de los kohistanos y continuar, no obstante, llamándose a sí mismos pathanes. En la misma medida, lo lógico sería que el nomadismo entre los fur produjese la aparición de un sector nómada fur, similar en subsistencia a los baggaras pero diferente en otros rasgos culturales y con marbete étnico.

Evidentemente, es esto lo que ha sucedido en muchas situaciones históricas. En aquellos casos donde esto *no* sucede, observamos los efectos organizativos y canalizadores de las distinciones étnicas. Para explorar los factores responsables de esta diferencia examinemos primeramente las explicaciones específicas de los cambios de identidad que se han expuesto en los ejemplos discutidos antes.

En el caso de los límites pathanes, la influencia y la seguridad que se pueden obtener en las sociedades segmentadas y anárquicas de esta región se derivan de la

actuación de un hombre, mejor dicho, del respeto que merece por sus actos juzgados según normas aceptadas de valoración. Entre los pathanes, los foros principales para mostrar las virtudes son el consejo tribal y los sitios indicados para las demostraciones de hospitalidad. Pero un aldeano de Kohistán tiene un nivel de vida tan bajo que la hospitalidad que puede ofrecer no puede competir ni con la de los siervos conquistados de los pathanes vecinos, mientras que a un cliente de un líder baluche ni siquiera se le concede el uso de la palabra en un consejo tribal. En semejantes situaciones, aferrarse a la identidad pathana, declararse competidor según normas de valores pathanes, equivale a condenarse de antemano al fracaso total en la estimación del comportamiento propio. Por lo contrario, si se adopta una identidad kohistana o baluche, es posible, por la misma actuación, calificar muy alto en la escala que para el caso sea indicada. Así pues, los incentivos para el cambio de identidad son inherentes al cambio de circunstancias.

Lógicamente, diferentes circunstancias favorecen diferentes comportamientos. Como la identidad étnica está asociada con un conjunto de normas de valor, específicamente culturales, se concluye que existen circunstancias donde esta identidad puede expresarse con éxito moderado, y límites cuyo traspaso está vedado. Yo afirmaré que las identidades étnicas no pueden conservarse más allá de estos límites, pues la fidelidad a normas de valor básicas no podría sostenerse en situaciones donde, comparativamente, la propia conducta es totalmente inadecuada³. Los componentes de un grado relativo de éxito son: primero, la actuación de los otros y, segundo, las alternativas abiertas al propio sujeto. Y no estoy invocando la adaptación ecológica. La factibilidad ecológica y la adecuación en relación al medio natural importan sólo en la medida en que señalan un límite en términos de simple sobrevivencia física, límite rara vez alcanzado por los grupos étnicos. Lo que importa es cómo actúan los otros en cuya compañía se interactúa y con los cuales se es comparado y qué identidades alternativas y conjuntos de normas están disponibles para el individuo.

Identidad étnica y bienes tangibles

Los factores conservadores de límites entre los fur no se aclaran al punto mediante este argumento. Haaland (pp. 75 ss.) examina la valoración de la vida de los nómadas según las normas de los fur y encuentra que el equilibrio entre ventajas y desventajas no es concluyente. Para asegurarnos de lo comparable de este caso necesitamos observar de modo más general todos los demás factores que afectan la conducta en cuestión. Los

³ Me refiero en especial al hecho de no haber podido conservar la identidad en comunidades donde la mayoría de los miembros logra conservarla satisfactoriamente y no a los problemas más generales de la vitalidad cultural o de la anomia.

materiales se derivan de contextos etnográficos notoriamente diferentes y, por lo mismo, ciertos factores revelan variaciones simultáneas.

La relación del individuo con los medios de producción destaca como el contraste más significativo entre las dos regiones. En el Medio Oriente, los medios de producción son considerados tradicionalmente como propiedad privada o colectiva, definitiva o transferible. Un individuo puede obtener los mediante una transacción restringida y específica, como la compra o el arrendamiento; aun en caso de conquista, los derechos obtenidos son derechos plenamente delimitados y estandarizados. En Darfur, por lo contrario, como en gran parte del cordón del Sudán, las convenciones que prevalecen son diferentes. La tierra de cultivo es asignada, según necesidad, a los miembros de la comunidad local. La distinción entre terrateniente y cultivador, tan importante en la estructura social de la mayoría de las comunidades del Medio Oriente, no puede existir, ya que la propiedad no implica bienes y derechos separados, absolutos y transferibles. Por lo mismo, el acceso a los medios de producción en una aldea de los fur está condicionado simplemente por la inclusión en la comunidad de la aldea, *esto* es, por la identidad étnica fur. Similarmente, los derechos de pastoreo no están asignados ni monopolizados. Ni siquiera entre las tribus baggaras. Aunque los grupos y las tribus suelen utilizar los mismos sitios y rutas cada año, y en algunas ocasiones pretendan, de manera *ad hoc*, mantener alejados a los demás de cierta zona que desean utilizar, normalmente se entremezclan y no tienen prerrogativas definidas y absolutas. De *este* modo, el acceso a las tierras de pastoreo es un aspecto automático que se deriva de la práctica del pastoreo y está implícito en el hecho de ser un baggara.

Así pues, los mecanismos rudimentarios para mantener los límites en Darfur son completamente simples: una persona tiene acceso a los medios críticos de producción por el hecho de practicar cierta ocupación de subsistencia; esto abarca todo un estilo de vida y todas estas características están subordinadas a los marbetes étnicos fur y baggara. En el Medio Oriente, por el contrario, los individuos pueden obtener control de los medios de producción mediante una transacción que no incluye sus otras actividades; por tal motivo, la identidad étnica no necesariamente se ve afectada y es posible una diversificación.

En el Medio Oriente, el nómada, el campesino y el habitante de la ciudad pueden pertenecer al mismo grupo étnico; ahí donde subsisten, los límites étnicos dependen de mecanismos más sutiles y específicos, relacionados, principalmente, con la imposibilidad de ciertas combinaciones de *status* y de conducta.

Los grupos étnicos y la estratificación

Donde un grupo étnico ejerce el control de los medios de producción utilizados por otro grupo se crea una relación de desigualdad y estratificación. De acuerdo con esto, los fur y los baggaras no integran un sistema estratificado, ya que utilizan diferentes nichos y tienen acceso a éstos independientemente de los otros; por el contrario, en algunas partes de la zona pathana existe una estratificación basada en el control de la tierra: los pathanes son dueños de la tierra que otros grupos cultivan como siervos. En términos más generales, se puede decir que los sistemas poliétnicos estratificados existen donde los grupos están caracterizados por un control diferencial de los bienes valorados igualmente por todos los grupos en el sistema. Por tal razón, las culturas de los grupos étnicos componentes de estos sistemas están integrados de un modo especial: comparten ciertas orientaciones generales de valor que les sirven de base para elaborar juicios de jerarquía.

Contrariamente, un sistema de estratificación no presupone la existencia de grupos étnicos. Leach (1967) afirma con mucha razón que las clases sociales se distinguen por diferentes subculturas que son, en realidad, características todavía más básicas que su ordenación jerárquica. No obstante, en muchos sistemas estratificados nos encontramos con estratos que no están vinculados en modo alguno: la estratificación está basada simplemente en una noción de escalas y en el reconocimiento de un nivel egocéntrico de "gente que es igual a nosotros", *versus* aquella gente más selecta o más vulgar, respectivamente. En estos sistemas, las diferencias culturales, de la índole que sean, se ordenan entre sí y jamás llega a surgir una organización social de los grupos étnicos. En segundo término, la mayoría de los sistemas estratificados permiten, o mejor dicho, implican una movilización basada en la valoración según aquellas escalas que definen la jerarquía. Por lo mismo, un fracaso moderado en el sector "B" de la jerarquía convierte a una persona en un "C", etc. Los grupos étnicos no están abiertos a esta clase de penetración: la adscripción a una identidad étnica está basada en otras normas más restrictivas. Esto se ve más claramente en el análisis de los galla realizado por Knutsson en el contexto de la sociedad etíope (*pp.* 111 ss.), un sistema social donde grupos étnicos completos están estratificados respecto a sus posiciones de privilegio o inferioridad dentro del estado. Sin embargo, el hecho de obtener una gubernatura no convierte a un galla en un amhara, ni su expulsión de la comunidad como proscrito entraña pérdida de su identidad galla.

Desde esta perspectiva, el sistema de castas de la India parece ser un caso especial de sistema poliétnico estratificado. Las fronteras entre las castas están definidas según normas étnicas: por tal razón, los fracasos individuales en la actuación conducen a una expulsión de la casta y no a un descenso a una casta inferior. El proceso mediante el cual el

sistema jerárquico incorpora nuevos grupos étnicos está ejemplificado en la *sanscritización de las tribus*: la aceptación de las escalas críticas de valores que definen su posición en la jerarquía de pureza y contaminación rituales es el único cambio de valores para que una comunidad se convierta en casta hindú. Un análisis de los diferentes procesos de conservación de límites que intervienen en las diferentes relaciones entre las castas aclararía, creo yo, muchos de los aspectos de este sistema.

La discusión precedente ha sacado a relucir un aspecto *general* un tanto anómalo de la identidad étnica como un *status*: la adscripción⁴ no está condicionada al control de bienes específicos y se funda en normas de origen y compromiso; por lo contrario, en otros sistemas, el *comportamiento* según el *status* y el desempeño adecuado de los papeles requerido para realizar la identidad, sí requieren de la posesión de ciertos bienes. En contraste, en una oficina burocrática se dan al sujeto aquellos bienes necesarios para el desempeño de su papel; de modo similar, las posiciones de parentesco, asignadas sin referencia a los bienes personales, no están condicionadas a la actuación: se sigue siendo padre aunque se sea incapaz de alimentar al hijo.

En suma, cuando los grupos étnicos están interrelacionados en un sistema estratificado, se requiere la presencia de procesos especiales que ejerzan un control diferencial de los bienes. Podemos esquematizar lo anterior de la siguiente manera: una premisa básica de la organización del grupo étnico es que todo A puede desempeñar los papeles 1, 2 y 3. Si los actores convienen en esto, la premisa se cumple en sí misma, a menos que actuar tales papeles presuponga la posesión de ciertos bienes que son distribuidos según un patrón de discrepancia. Si estos bienes fueran obtenidos o se perdieran en situaciones ajenas al hecho de ser un A, la premisa se vería negada: algunos A están incapacitados para los papeles indicados. La mayoría de los sistemas estratificados se conservan por la solución de dictaminar que, en tales casos, la persona deja de ser un A. En el caso de la identidad étnica, la solución sería reconocer que ningún A puede ni podrá desempeñar en el futuro los papeles 1 y 2. Así pues, la persistencia de los sistemas poliétnicos estratificados supone la presencia de factores que generan y conservan una distribución categóricamente diferente de los bienes: el estado controla, como en algunos modernos sistemas pluralistas y racistas; las marcadas diferencias de valoración canalizan los esfuerzos de los actores en diferentes direcciones, como en los sistemas con

⁴ Como opuesta a la presunta clasificación dada en los encuentros sociales casuales; aludo al individuo en su contexto social normal, donde los otros cuentan con una información considerable sobre su persona, no a las posibilidades que se presentan ocasionalmente para deformar la propia identidad frente a extraños.

ocupaciones contaminantes; o las diferencias de cultura generan marcadas diferencias tanto en la organización política y económica como en la capacitación de los individuos.

El problema de la variación

A pesar de estos procesos, el marbete étnico incluye una serie de características simultáneas que, aunque sin duda pueden ser agrupadas estadísticamente, no son interdependientes ni están relacionadas de modo absoluto. Por tal motivo, existirán variaciones entre los miembros: algunos exhibirán muchas características, otros, sólo algunas. En particular, cuando los individuos cambian de identidad se crea una ambigüedad, pues la afiliación étnica es tanto una cuestión de origen o extracción como de identidad actual. En efecto, Haaland fue conducido a un sitio donde pudo observar los "fur que viven en campamentos nómadas", y yo he escuchado a miembros de ciertos sectores tribales de los baluches explicar que ellos son, "en realidad, pathanes". ¿Qué queda entonces de la conservación de límites y de la dicotomía categorial cuando las distinciones reales y positivas se borran y confunden de este modo? En lugar de desesperarnos por el fracaso del esquematismo tipológico, podemos afirmar, legítimamente, que la gente sí utiliza marbetes étnicos, y que en muchas partes del mundo existen diferencias tan notorias que ciertas formas de conducta se agrupan de tal manera que todos los actores tienden necesariamente a caer dentro de estas categorías en términos de su conducta objetiva. Lo sorprendente no es que algunos actores no queden incluidos en estas categorías, ni tampoco que existan algunas regiones en el mundo donde no se acostumbra catalogar a las personas de este modo; lo sorprendente es el hecho mismo de que las variaciones tiendan a agruparse. Por lo tanto, debemos dedicarnos, no al perfeccionamiento de una tipología, sino a descubrir los procesos que originan tal agrupamiento.

Una alternativa en el planteamiento de la antropología ha consistido en dicotomizar primariamente el material etnográfico en términos de lo ideal *versus* lo real, o de lo conceptual *versus* lo empírico, y concentrarse luego en la coherencia (la "estructura") del aspecto ideal o conceptual de los datos, utilizando alguna noción vaga de las normas y sus correlativas excepciones para justificar patrones objetivos y estadísticos. Por supuesto, es perfectamente posible distinguir entre el modelo de sistema social de una comunidad y el patrón agregado de su conducta pragmática y, en efecto, es estrictamente necesario no confundirlos. Pero los problemas fértiles de la antropología social están referidos a la forma en que están interrelacionados estos dos aspectos y no se puede pretender que la mejor forma de elucidarlos consista en dicotomizarlos y confrontarlos como sistemas totales. En estos ensayos hemos intentado elaborar el análisis a un nivel inferior de interconexión entre

status y conducta. Yo afirmo que las categorías de las comunidades han sido creadas para regular la actuación y que son afectadas significativamente por la interacción y no por la contemplación. Por tal razón, al señalar la conexión entre los marbetes étnicos y el mantenimiento de la diversidad cultural, lo que me interesa primordialmente es mostrar la forma en que, en circunstancias variables, ciertas constelaciones de orientaciones de valor y categorización cobran un carácter autosuficiente, otras se ven negadas por la experiencia y, finalmente, otras no pueden consumarse en la interacción. A pesar de una variación objetiva considerable, debida a los efectos retroactivos de las experiencias de las comunidades sobre las categorías que utilizan, se pueden mantener las dicotomías étnicas sencillas, y reforzarse las diferencias estereotipadas de conducta. Y esto se debe a que los actores se esfuerzan por conservar definiciones convencionales de la situación en los encuentros sociales (mediante percepción, tacto y sanciones selectivas) y también a las dificultades para encontrar otras codificaciones de experiencia más adecuadas. La revisión tiene lugar sólo donde la categorización es totalmente inadecuada, no simplemente porque resulta verdadera o falsa en un sentido objetivo, sino porque no es lo suficientemente satisfactoria para ser actuada dentro del dominio donde los actores la consideran pertinente. Por tal razón, la dicotomía entre los aldeanos fur y los nómadas baggara es mantenida a pesar de la evidente presencia de un campamento nómada de los fur en el vecindario: el hecho de que estos nómadas hablen el dialecto fur y guarden relaciones de parentesco con los aldeanos no altera la situación social dentro de la cual interactúan con ellos: simplemente ayuda a que las transacciones normales, como la compra de leche, la elección de sitios para acampar o la obtención de abono, que normalmente se realizarían con otros baggaras, cobren mayor fluidez. Pero la dicotomía entre los terratenientes pathanes y los trabajadores que no son pathanes no puede sostenerse en aquellos sitios donde los que no son pathanes obtienen tierra y desconciertan a los pathanes al negarse a responder con el respeto al que les obligaría su posición imputada de siervos.

Minorías, parias y características organizativas de la periferia

En algunos sistemas sociales, los grupos étnicos residen en la misma región sin que haya aspectos importantes de la estructura basados en las interrelaciones étnicas. Estos sistemas por lo general son considerados como sociedades con minorías y el análisis de la situación de estas minorías implica una variante especial de las relaciones interétnicas. Creo que en la mayoría de los casos estas situaciones se han creado como resultado de acontecimientos históricos externos; las diferencias culturales no han surgido del contexto local de organización; más bien, un contraste cultural preestablecido ha sido colocado en conjunción con un sistema social también preestablecido y ha cobrado importancia para la

existencia en ese lugar, en toda una variedad de modos. Una forma extrema de la posición de las minorías, que ilustra algunos, aunque no todos los aspectos de las minorías, es la de los grupos de parias. Existen grupos activamente rechazados por la: comunidad anfitriona a causa de ciertas conductas o características que son condenadas de modo positivo, aunque a menudo puedan ser consideradas útiles de algún modo específico y práctico. Los grupos europeos de parias de los siglos recientes (verdugos, traficantes de pieles y de caballos, recolectores de estiércol, gitanos, etcétera), ejemplifican la mayoría de los aspectos: como transgresores de tabúes básicos han sido rechazados por la sociedad mayoritaria. Su identidad, impuso una definición de las situaciones sociales que ofrecía un campo muy reducido para la interacción con otras personas de la población mayoritaria y simultáneamente, en cuanto *status* imperativo, representaba una desventaja ineludible que les impedía adoptar las posiciones normales dictadas por otras definiciones de la situación de interacción. A pesar de estas barreras formidables, estos grupos no parecen haber desarrollado la complejidad interna necesaria para ser considerados como grupos étnicos plenamente definidos y maduros; sólo los gitanos,⁵ extraños culturalmente, constituyen un grupo semejante.

Los límites de los grupos parias son conservados de un modo muy estricto por la población que los recibe, por lo cual se ven obligados a hacer uso de diacríticos fácilmente reconocibles para anunciar su identidad (aunque esta identidad con frecuencia es motivo de una existencia bastante insegura, este exceso de comunicación puede ser útil ocasionalmente a los intereses competitivos del individuo paria). En aquellos lugares donde los parias intentan introducirse en la sociedad mayor, la cultura de la comunidad receptora generalmente es demasiado conocida; por lo mismo, el problema se reduce a escapar de los estigmas de inferioridad mediante una desertión de la comunidad paria y la usurpación de otro origen.

Muchas situaciones de las minorías guardan vestigios de este rechazo activo por la comunidad receptora. Pero el aspecto general de las situaciones de las minorías reside en la organización de las actividades y de la interacción: dentro del sistema social en conjunto, todos los sectores de la actividad están organizados por *status* abiertos a los miembros del grupo mayoritario; por el contrario, el sistema de *status* de la minoría tiene aplicación sólo para las relaciones dentro de la minoría, y esto sólo en algunos sectores de la actividad sin que ofrezca base alguna para la acción en otros sectores apreciados por igual en la cultura

⁵ La condenación de la conducta que determina la posición de parias de los gitanos es compleja, pero se funda sobre todo en sus orígenes, en la vida vagabunda que contrastaba con la esclavitud de los siervos de Europa;

de la minoría. De este modo, existe una disparidad entre los valores y las facilidades de organización: las metas más apreciadas están fuera del campo organizado por la cultura y categorías de la minoría. Aunque semejante sistema contiene varios grupos étnicos, la interacción entre los miembros de los diferentes grupos pertenecientes a esta clase no se funda en una complementariedad de las identidades étnicas; se realiza por entero dentro del marco de los *status* e instituciones del grupo mayoritario dominante, donde la identidad como miembro de una minoría no ofrece bases para la acción y puede representar, en diversos grados, una desventaja para asumir los *status* operantes. El ensayo de Eidheim presenta un análisis muy claro de la situación tal como se presenta entre los lapones de la costa.

Pero, de modo diferente, se puede decir que en un sistema poliétnico semejante, las características culturales contrastantes de los grupos componentes están localizadas en los sectores no articulados de la existencia. Para la minoría, estos sectores, constituyen la trastienda donde las características consideradas como estigmas, según la cultura dominante de la mayoría, pueden convertirse, secretamente, en objetos de transacción.

La situación actual de la minoría de los lapones ha sido ocasionada por circunstancias externas recientes. Antiguamente, la situación local era el marco importante de la interacción, donde dos grupos étnicos, con conocimientos suficientes de la cultura del otro, mantenían una relación limitada, en parte simbiótica, fundada en sus respectivas identidades. Con la completa integración de la sociedad noruega, que ha incorporado la periferia del norte al sistema nacional más general, la proporción de cambio cultural ha aumentado verticalmente. La población del norte de Noruega ha ido aumentando progresivamente su dependencia del sistema institucional de la sociedad mayoritaria, y la vida social en la Noruega septentrional se ha organizado gradualmente con la finalidad de ejercer actividades y obtener beneficios en el seno del sistema total. Todavía hace poco el sistema no había tomado en consideración la identidad étnica en su estructura, y hace una década no existía prácticamente lugar en ésta donde se pudiese participar *como lapón*. Por otro lado, los lapones, como ciudadanos noruegos, tienen toda la libertad para participar, aunque siempre con la doble desventaja que les impone su localización periférica y un dominio insuficiente de la lengua y cultura noruegas. En otras partes, como en las regiones del interior de Finmarken, la situación ha provocado la aparición de los innovadores lapones que promueven un programa político basado en el ideal de un pluralismo étnico (*cf.* Eidheim, 1967), aunque no han conseguido adhesión en la zona de la costa lapona que aquí describe

posteriormente, en su flagrante violación de la ética puritana fundada en la responsabilidad, el trabajo y la moralidad.

Eidheim. Para estos lapones, indudablemente, la aplicabilidad de los *status* y convenciones lapones ha decrecido en todos los sectores (ej. Eidheim, 1966), mientras que el relativo fracaso de la actuación en el sistema en general no ha hecho sino originar frustraciones y crisis de identidad.

Contacto y cambio culturales

Es éste un proceso muy extendido a medida que aumenta la dependencia de los productos y las instituciones de las sociedades industrializadas en todas las partes del mundo. Lo que importa es reconocer que una gran reducción de las diferencias culturales entre los grupos étnicos no está correlacionada en forma sencilla con la reducción de la organizacional de las identidades étnicas o con el derrumbe de los procesos conservadores de límites. Esto se confirma en muchos casos del material presentado.

Un modo mejor de analizar la interconexión consiste en examinar los agentes del cambio: ¿cuáles son las posibles estrategias que ofrecen mayores ventajas y cuáles son las consecuencias de organización que traerían consigo las diferentes elecciones por su parte? Los agentes, en este caso, son las personas catalogadas, de modo etnocéntrico, como las nuevas *élites*: las personas pertenecientes a grupos menos industrializados y que tienen un contacto y una dependencia mayores respecto de los bienes y organizaciones de las sociedades industrializadas. En su afán de participación en sistemas sociales más amplios que les permitan obtener nuevas formas de valor, tienen a su elección las siguientes estrategias básicas: 1) pueden tratar de introducirse e incorporarse a la sociedad industrial y al grupo cultural preestablecidos; 2) pueden aceptar su *status* de "minoría", conformarse a éste e intentar reducir sus desventajas como minoría por una concentración de todas sus diferencias culturales en sectores de no articulación mientras, por otra parte, participan en los otros sectores de actividad del sistema mayor del grupo industrializado; 3) pueden optar por acentuar su identidad étnica y utilizarla para desarrollar nuevas posiciones y patrones que organicen actividades en aquellos sectores que, o no estaban presentes anteriormente en su sociedad, o no estaban lo suficientemente desarrollados para sus nuevos propósitos. Si los innovadores culturales tienen éxito por la primera estrategia, su grupo étnico se verá privado de su fuente de diversificación interna y habrá de subsistir, probablemente, como un grupo étnico mal articulado, conservador culturalmente y con un rango muy inferior en el sistema social mayor que lo contiene. Una aceptación general de la segunda estrategia impediría el surgimiento de una organización poliétnica notoriamente dicotomizada y -en vista de la diversidad de la sociedad industrial y de la consecuente variación y multiplicidad de los campos de articulación- conduciría, probablemente, a una asimilación final de la

minoría. La tercera estrategia genera muchos de los movimientos interesantes que hoy pueden observarse y que van desde el nativismo, hasta la creación de nuevos estados.

Me es imposible exponer todas las variables capaces de determinar cuál de las estrategias básicas será adoptada, qué forma concreta puede tomar, qué grado de éxito y qué implicaciones acumulativas se pueden presentar. Estos factores van desde el número de los grupos étnicos en los sistemas, hasta los aspectos del régimen ecológico y los detalles de las culturas constitutivas y están ejemplificados en la mayoría de los análisis concretos de los ensayos siguientes. Sin embargo, puede resultar interesante mencionar algunas de las formas en que la identidad étnica se vuelve aplicable en la organización de los nuevos sectores en la situación actual.

Primero: los innovadores pueden optar por subrayar algún nivel de identificación de entre la variedad ofrecida por la tradicional organización social. La tribu, la casta, la lengua del grupo, la región o el estado; todos tienen aspectos que los pueden convertir en una adecuada identidad étnica básica para la referencia del grupo; el resultado dependerá de la rapidez o facilidad para inducir a los otros a adoptar estas identidades y de los hechos fácticos definitivos. Por tal razón, aunque el tribalismo cuenta con la mayor adhesión en muchas zonas africanas, los grupos resultantes parecen todavía incapacitados para enfrentarse al aparato sancionante de una organización estatal relativamente rudimentaria.

Segundo: el modo de organización del grupo étnico varía, como varía la articulación interétnica buscada. El hecho de que las formas contemporáneas sean eminentemente políticas no las hace menos étnicas en carácter. Estos movimientos políticos constituyen nuevas formas de dar aplicabilidad a las diferencias culturales de la organización (Kleivan, 1967), Y asimismo, nuevas formas de articular los grupos étnicos en dicotomía. La proliferación de ciertos grupos de presión basados étnicamente, de partidos políticos y de ideales visionarios de un Estado independiente, así como la multitud de asociaciones subpolíticas progresistas (Sommerfelt, 1967), confirman la importancia de estas nuevas formas. En otras regiones, ciertos movimientos religiosos y ciertas sectas introducidas por los misioneros están siendo utilizados para dicotomizar y articular los grupos de manera distinta. Lo sorprendente es que estos nuevos programas rara vez se preocupan del sector económico de la actividad, factor tan importante en la situación de contacto cultural, salvo de las formas de socialismo de Estado adoptadas por algunas de las nuevas naciones. En contraste, los complejos sistemas poliétnicos tradicionales se han venido basando hasta el momento eminentemente en una articulación de este sector, como es el caso de la diferenciación ocupacional y de la articulación en la esfera del comercio en algunas regiones

de Asia y de Mesoamérica, o de un modo más elaborado, mediante la producción agrícola en el sur de Asia. En la actualidad, los grupos étnicos en conflicto con frecuencia fundan sus diferencias con relación al nivel educativo e intentan controlar o monopolizar las instalaciones educativas con tal finalidad (Sommerfelt, 1967), no tanto con objeto de crear una diferenciación ocupacional, sino debido a la relación obvia entre competencia burocrática y oportunidades de avance político. Se puede suponer que una articulación basada en una compleja diferenciación de la capacitación y sancionada por una dependencia de los medios de subsistencia lograría una fuerza y estabilidad mayores que la basada en una afiliación política revocable sancionada por el ejercicio de la fuerza y el *fiat* políticos, y que estas nuevas formas de los sistemas poliétnicos son, con toda seguridad, inherentemente más turbulentas e inestables que las formas antiguas.

Cuando los grupos políticos expresan su oposición por normas étnicas, también se ve afectada la dirección del cambio cultural. Una confrontación política puede realizarse sólo si previamente se ha hecho a los grupos similares, y por tanto, comparables, y esto producirá efectos en cada nuevo sector de la actividad que cobra pertinencia política. Por tal motivo, los partidos en oposición suelen volverse similares en su estructura, diferenciados sólo por unos cuantos diacríticos obvios. Cuando los grupos étnicos están organizados en una confrontación política semejante, el proceso de oposición deberá conducir, por lo tanto, a una reducción de sus diferencias culturales.

Por tal razón, gran parte de la actividad de los innovadores políticos está dirigida a la codificación de modos de expresión: la selección de señales de identidad, la asignación de valor para estos diacríticos culturales y la supresión o negación de vigencia a otras diferencias. El problema de seleccionar nuevas formas culturales que sean compatibles con la identidad étnica aborígen a menudo se ha discutido de modo apasionado, aunque generalmente se resuelve en favor de un sincretismo, por las razones antes mencionadas. Pero también se puede prestar mucha atención al resurgimiento de ciertos rasgos culturales tradicionales considerados como selectos, así como al establecimiento de tradiciones históricas que justifiquen y glorifiquen tanto las características como la identidad.

La interconexión entre los diacríticos seleccionados dan relieve, los límites así definidos y los valores diferenciales que se adoptan, constituyen un fascinante campo de estudio.⁶ Evidentemente, cierto número de factores son aplicables. Los modos de expresión no son invariablemente apropiados para los diferentes tipos de unidades. Tampoco son

⁶ De los que conozco, el ensayo de Mitchell sobre la danza Kalea (Mitchell, 1956) es el primer estudio y hasta la fecha el más profundo del tema.

uniformemente adecuados para los fines del innovador que los utiliza como medios para promover adhesión y como soportes en la estrategia de confrontación con otros grupos. Sus implicaciones de estratificación, dentro y entre los grupos, son importantes: implican diferencias en el origen y la distribución de influencia dentro del grupo, así como diferentes exigencias de reconocimiento por parte de los otros grupos relacionadas con la supresión o glorificación de las diferentes formas de estigma social. Obviamente, la conexión entre la base ideológica de un movimiento y los medios elegidos no es sencilla; no obstante, ambos factores tendrán efecto en la conservación subsecuente de límites y en el curso de todo cambio ulterior.

Variaciones en la situación de las relaciones étnicas

Estas variantes modernas para una organización poliétnica surgen en un mundo de administración burocrática, de desarrollo de las comunicaciones y de urbanización progresiva. En efecto, en diferentes circunstancias radicales, los factores críticos en la distinción o mantenimiento de los límites étnicos serán diferentes. Si nos basamos en datos limitados y contemporáneos, tendremos dificultad para hacer generalizaciones sobre los procesos étnicos, ya que ciertas variables fundamentales no aparecen en los casos a nuestra disposición. No cabe duda de que los antropólogos sociales están acostumbrados a considerar la situación desde la perspectiva muy especial de la paz colonial y la administración externa, que ha sido el escenario de la mayoría de *las* monografías que gozan de reputación, como si ésta fuese representativa de las condiciones prevalecientes en todo tiempo y lugar. Esto pudo haber prejudicado la interpretación, tanto de los sistemas precoloniales como de los contemporáneos, y asimismo, de las formas contemporáneas en formación. Así pues, el intento de estos ensayos por cubrir regionalmente varios y diversos casos no sólo es una precaución adecuada contra tales prejuicios, y los problemas deben ser enfrentados directamente.

Los regímenes coloniales son totalmente extremos por cuanto la administración y sus reglas están divorciadas de la vida social fundada localmente. En un régimen semejante, los individuos conservan ciertos derechos a una protección uniforme que abarca grandes núcleos de población y extensas regiones. Esto permite una proximidad física y oportunidades de contacto entre personas de distintos grupos étnicos no obstante la ausencia de un entendimiento común entre ellos, y por esta razón, se elimina indudablemente una de las presiones que operan normalmente en las relaciones interétnicas. En estas situaciones, la interacción puede incrementarse y proliferar; en realidad, sólo aquellas formas de interacción que son inhibidas por otros factores se verán

ausentes y se mantendrán como sectores de no articulación. En estas situaciones, los límites étnicos representan una organización positiva de las relaciones sociales, y las diferencias culturales tenderán a reducirse con el tiempo hasta alcanzar el mínimo requerido.

No obstante, en la mayoría de los regímenes políticos, donde hay una seguridad menor y la gente vive bajo una mayor amenaza de arbitrariedad y violencia fuera de su comunidad primaria, esta misma inseguridad actúa como represión de los contactos interétnicos. En tales casos, muchas formas de interacción entre los miembros de diferentes grupos étnicos no podrán desarrollarse, aun cuando se haya logrado una potencial complementariedad de intereses. Ciertas formas de interacción se verían bloqueadas por falta de confianza o por falta de oportunidades para consumir transacciones. Más aún, en estas comunidades existen sanciones internas que tienden a aumentar una conformidad manifiesta en su interior y a acentuar las diferencias culturales entre las comunidades. Si un individuo depende para su seguridad del apoyo voluntario y espontáneo de su propia comunidad, la autoidentificación como miembro de esta comunidad deberá expresarse y confirmarse explícitamente; cualquier conducta que se desviara de la norma sería interpretada como un debilitamiento de su identidad, y por tanto, de las bases de su seguridad. En estas situaciones, las fortuitas diferencias históricas de cultura entre las diferentes comunidades tenderán a perpetuarse sin que exista una positiva base organizacional; por tal motivo, muchas de las diferencias culturales que podemos observar pueden tener, en realidad, una importancia muy limitada en la organización étnica.

De este modo, los procesos por los cuales se conservan las unidades étnicas se ven evidentemente afectados, aunque no alterados fundamentalmente, por la variable de seguridad regional. Esto puede confirmarse también por una inspección de los casos analizados en estos ensayos y que presentan una variedad que incluye desde situaciones coloniales hasta policéntricas, pasando por situaciones relativamente anárquicas. Conviene señalar, sin embargo, que este escenario variable puede cambiar rápidamente con el tiempo, y en la proyección de procesos de larga duración esto constituye una seria dificultad. Por ejemplo, en el caso de los fur, debido a que observamos una situación de paz mantenida externamente y una actividad política local casi nula, en este contexto nos podemos crear una imagen, no sólo de los procesos interétnicos, sino hasta de sus proporciones y porcentajes. Pero sabemos que en las últimas generaciones la situación ha variado considerablemente, desde una confrontación entre los fur y los baggara bajo el dominio de una sultanía fur expansionista, hasta una casi total anarquía en los tiempos de los turcos y los mahdi; de este modo, resulta muy difícil estimar los efectos de estas

variaciones en los procesos de nomadización y asimilación y llegar a una proyección de largo alcance de las cifras y tendencias en cuestión.

Los grupos étnicos y la evolución cultural

La perspectiva y los análisis aquí presentados tienen gran importancia para el tema de la evolución cultural. Indudablemente, la historia humana es una historia de las formas que surgen en las culturas y en las sociedades. Para la antropología el problema ha sido cómo describir esta historia de la mejor manera posible y qué clases o tipos de análisis son los adecuados para descubrir los principios generales que intervienen en el curso de estas transformaciones. El análisis evolutivo, en el sentido riguroso que tiene en el campo de la biología, ha fundado su método en la construcción de líneas filéticas. Este método presupone la existencia de unidades, cuyos límites, y los procesos que los mantienen, son posibles de descubrir, y que permiten, al mismo tiempo, especificar el sitio de continuidad. Concretamente, las líneas filéticas son significativas pues estos límites específicos impiden el intercambio de material genético; de este modo, se puede insistir en que el *aislado* reproductor es la unidad, y que ha conservado una identidad inalterada por los cambios en las características morfológicas de la especie.

He sostenido que en las unidades étnicas sus límites también se conservan y que, en consecuencia, es posible especificar la naturaleza y continuidad de estas unidades. Estos ensayos intentan demostrar que las fronteras étnicas son conservadas en cada caso por un conjunto de rasgos culturales. Por tanto, la persistencia de la unidad dependerá de la persistencia de estas diferencias culturales y su continuidad puede ser especificada por los cambios en la unidad producidos por cambios en las diferencias culturales que definen sus límites.

Sin embargo, gran parte del contenido cultural que en un momento dado es asociado con una comunidad humana *no* está restringido por estos límites; puede variar, puede ser aprendido y modificarse sin guardar ninguna relación crítica con la conservación de los límites del grupo étnico. Por esta razón, cuando se traza la historia de un grupo étnico en el curso del tiempo, *no* se está trazando, simultáneamente y en el mismo sentido, la historia de una "cultura"; los elementos de la cultura actual de ese grupo étnico no han surgido del conjunto particular de elementos constitutivos de la cultura del grupo en el pasado, ya que el grupo tiene una existencia continua organizada dentro de ciertos límites (normas para establecer pertenencia) que, a pesar de las modificaciones, la señalan como una unidad continua. Si no es posible especificar los límites de las culturas, tampoco es posible construir

líneas filéticas en el riguroso sentido evolutivo. Pero como hemos demostrado en el análisis hasta aquí desarrollado, ciertamente es posible aplicar este método a los grupos étnicos y, en cierto sentido, también a aquellos aspectos de la cultura que tienen ese mismo fundamento de organización.